Un artefacto de guerra fuera del tiempo: el laicismo.

Existen ideologías que para que no sigan provocando daños catastróficos, mejor es conservarlas en los manuales de Historia. En ellos han de vivir recluidas, para siempre, como lo están en sus vitrinas, los objetos paleontológicos, los fósiles, restos de seres orgánicos desaparecidos en la noche de los tiempos.

El laicismo es un fósil de la terrible época de la Revolución francesa (siglo XVIII) que provocó de la mano del jacobinismo revolucionario, en tres años, treinta mil asesinatos, los cuales se transformaron más tarde en asesinatos de cientos de millones de personas, en manos de las ideologías totalitarias de los siglos XIX y XX, que lo adoptaron como la piedra fósil angular de su poder (por sí solo, el comunismo tiene cien millones de asesinatos). Para el marxismo, el comunismo, el socialismo utópico y revolucionario, la secta de la masonería, el fascismo y el liberalismo salvaje y autosuficiente, el laicismo es un artefacto de guerra fuera del tiempo y de la Historia, inventado para que no quedara de ella ningún vestigio que la identificase con el Cristianismo, con la razón humanizada, con la libertad, con la dignidad, con el bien común y moral de la sociedad, con la justicia de las naciones que aman los derechos humanos.

Por España y por Europa (vaciadas de las referencias fundamentales que las identifican como una cultura milenaria y divulgadora de un arte, de una literatura y de un pensamiento básicamente impregnados por el Cristianismo) el laicismo ha sido desenterrado de los yacimientos de la Historia como si fuera una novedad, cuando es un fósil, un artefacto de guerra de unas ideologías que ya no tienen nada que aportar, porque han demostrado su fracaso y perversiones, como son el socialismo y el nacionalismo radical.

En el engranaje del mecanismo de esta vetusta máquina de guerra, intervienen muchos elementos que giran alrededor de dos ejes fundamentales:

1º) El totalitarismo político, que se apodera de las instituciones democráticas de forma paulatina, hasta despojarlas de los fundamentos del Estado de Derecho constitucional. Un partido único, la partitocracia institucionalizada en estado puro, se dedica a la destrucción de sus contrarios políticos para perpetuarse en el poder. Para ello no duda en aliarse con aquellas ideologías extremistas de izquierda o de derecha, con grupos, organizaciones e instituciones de presión mediático-cultural y sociológica radicales: como el feminismo y el homosexualismo de la neomarxista ideología de género o como algunas fundaciones u organizaciones no gubernamentales compradas por el poder, que basan sus acciones laicistas en demoler la presencia de la Iglesia Católica en la vida pública.

Las ideologías del laicismo, no entienden que todas las sociedades democráticas se fundamentan en la igualdad y la tolerancia recíprocas de ideas, instituciones y creencias religiosas para que se haga afectiva la convivencia entre todos: es la laicidad que protege y favorece el ejercicio de la libertad religiosa.[1] El Estado laico democrático, frente al totalitario, es aquel que permite ejercer la libertad religiosa pública y personal ya que constituye uno de los principios básicos del bien común y de los derechos humanos.

Las ideologías del laicismo radical, no quieren entender el verdadero sentido de la laicidad, pues ésta última admite la pluralidad de ideas y creencias; ni tampoco quieren comprender qué es la aconfesionalidad del Estado, tal y como la define la Constitución Española (1978) que en nada se asemeja a la Constitución de 1931 de la II República, ya que ésta era laicista, jacobina y anticatólica, y aún así fue admitida por los partidos

[1] LXXXVIII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, **Orientaciones morales ante la situación actual de España. Instrucción Pastoral**, Madrid, 23 de Noviembre de 2006, en www.conferenciaespiscopal.es

de derechas pero luego ser traicionada por las izquierdas revolucionarias y bolcheviques, partidarias de imponer una dictadura soviética por la violencia y el terror. El Estado español es aconfesional, es decir, es independiente, neutral, tolerante y respetuoso con cualquier religión o confesión religiosa. El Estado español no es laico, y tampoco se habla en la Constitución Española(1978) del principio de laicidad, que es todo lo contrario de lo que practica el nacionalsocialismo laicista (que ya practicaron los totalitarismos del siglo XX): laicidad no es la persecución de la religión, y de modo obsesivo del Cristianismo, fundamento de la libertad, la democracia y de los derechos humanos; la laicidad no es la imposición de un partido y sus ideas despóticas como la ideología de género, el multiculturalismo sin identidad, la educación estatalista-intervencionista o una relativista ética anticonstitucional de contravalores autoritarios que destruye los principios morales universales y naturales, los cuales se fundamentan en la recta razón y en las experiencias históricas, contrastadas a lo largo de siglos y siglos en las sociedades de estabilidad y consistencia moral.[2]

2º) Y el segundo eje, es la persecución laicista sociológica, que ahora en España y Europa promociona el poder del laicismo (relativista-izquierdista-liberal-socialista, ultranacionalista, ateo y agnóstico) en los espacios de la vida social, cultural, educativa, política y económica. Las artimañas del laicismo, no dudan en atacar la identidad y los símbolos religiosos cristianos como la cruz o cualquier referencia histórica que se manifieste en la vida social. Es el caso de los nombres de incontables calles, edificios y monumentos, tan copiosos en personalidades cristianas como los santos, a los que se les decapita con la guillotina de la intolerancia y el multiculturalismo relativista. Tampoco duda el artefacto de guerra del laicismo, en emplear la blasfemia y la injuria por medio de decadentes y ofensivas obras literarias y plásticas; a través de televisiones, radios, periódicos y revistas con informaciones pervertidas; o con películas, series y documentales depravantes que reflejan un nulo sentido de la libertad de expresión, del arte y de la creación. Los líbelos blasfemos e injuriosos del laicismo liberal, comunista, fascista, nazi, socialista, de la masonería y otras sectas como ella, son los antecedentes del vendaval laicista antirreligioso que pretende ser el único que ha de tener presencia exclusiva en la vida social, política y cultural donde la carencia de valores es el reflejo de una sociedad en crisis y abocada al nihilismo. Los libelos, y sin duda alguna, los manifiestos revolucionarios, totalitarios, dictatoriales, sanguinarios y terroristas, fueron abundantísimos en el siglo, que, por sus crímenes contra la humanidad, es el siglo de los totalitarismos: el siglo XX.

El laicismo sabe por sus propias experiencias históricas de intolerancia, que invadir la educación con las ideas antirreligiosas y contrarias al derecho a la libertad ideológica y religiosa, es preparar el camino para perpetuarse en las mentes de los ciudadanos, sus esclavos ideológicos, como lo fueron el proletariado, el obrero, el campesinado y la ciudadanía abstracta, bien individualista o colectivista, que se controla para que digan siempre sí a los antojos del poder: las proclamas revolucionarias de libertad, igualdad y fraternidad, eran y son las zanjas ocultas en la que caen los ingenuos que no conocen de dónde vienen y hacia dónde nos llevan: el totalitarismo. De ahí, el afán de los laicistas por imponer una materia de control ideológico como es la Educación para la ciudadanía y los Derechos Humanos, que atenta contra el derecho a la libertad de conciencia, a la libertad de educación, a la libertad ideológica y de religión que se reconocen en la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948) y en las constituciones democráticas como la Constitución Española (1978).

---

[2] LXXXVIII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, **Orientaciones morales ante la situación actual de España. Instrucción Pastoral**, Madrid, 23 de Noviembre de 2006, en www.conferenciaespiscopal.es

El artefacto de guerra del laicismo, es como una de esas minas colocadas por los caminos de la vida por donde circulan los derechos humanos, los fundamentos de la vida moral, de la justicia, de la libertad, de la solidaridad, de la cultura, del bien común, de la ley natural, de la verdad, de la convivencia en pluralidad, en resumidas cuentas, de la dignidad de la persona. Si no tenemos mucho cuidado, al primer paso, explotará para matarnos o amputarnos nuestra conciencia comunitaria y personal que tiene un destino transcendente y humano, destino único y libre que tanto odian el laicismo y sus seguidores de la nada.

Diego Quiñones Estévez. http://www.verdadypalabra.com/